



La Crianza Humanizada

Boletín del Grupo de Puericultura de la Universidad de Antioquia
Año XXII (2018) No. 178



Editorial

¿De qué hablamos cuando hablamos de posmodernidad?

La posmodernidad define nuestra realidad, nuestra identidad y nuestra psicología. Las nuevas tecnologías, la nueva Economía, y el replanteo filosófico existencial configuran una manera de estar en el mundo, sustancialmente diferente a lo que era cien años atrás, cincuenta o incluso veinte. Todas estas cuestiones afectan la crianza de nuestros hijos, en la cual reproducimos todas las contradicciones de la posmodernidad. Mencionaremos cuatro aspectos: consumo y progreso; inmediatez y virtualidad; ideologías y creencias; y variedad.

Consumo y progreso: escucho a menudo decir que uno quiere que su hijo sea feliz, pero nunca hemos aprendido a serlo, y estamos muchas veces creyendo que la manera de serlo es por medio del tener.

Inmediatez y virtualidad: los divertimentos de los hijos pasan casi exclusivamente por los entretenimientos en red, la tableta o la *play*, con lo que no desarrollarán las capacidades vinculadas a la imaginación y la inventiva.

Ideologías y creencias: criticamos las entidades educativas y justificamos el comportamiento del hijo cuando se porta mal, sin respeto por las decisiones institucionales y de esa manera les negamos la capacidad a las mismas para ayudarnos en el proceso de educar, borrando la estructura que diseñan para ordenar.

Variedad: la variedad de modos de afrontar una situación, el exceso de información y lo vacío de contenido en los fundamentos que nos guían nos llevan a dudar acerca de si nos equivocamos en la crianza. Al intentar resolverle todo al hijo, estaremos invalidando sus propias capacidades.

Pero no todo lo posmoderno es malo, y no creo que sea cierto que todo tiempo pasado fue mejor. Sería bueno reflexionar qué aspectos sí pueden ser rescatados de esas épocas. Considero dos como los más significativos: la presencia y la estructura.

Presencia: es uno de los aspectos que se fue perdiendo en esta loca aventura del "buen vivir" y de las comodidades de la posmodernidad. Perdimos el contacto con el niño en el juego y en su educación. Tal vez lo que esté necesitando es nuestra presencia, más activa y más acompañante.

Estructura: porque la posmodernidad barrió con las estructuras y eso generó mucho desorden. No sabemos qué es lo mejor, pero tenemos que elegir y armar una estructura. No etiquetemos, ni temamos que algo malo pueda pasar y no intentemos resolverles la vida a los hijos: hagamos que se esfuercen, que esperen, que se frustren y que puedan encontrar sentido, pero para ello nosotros tenemos que hacer lo mismo, tenemos que vivir lo mismo. Criar con el ejemplo, esa es nuestra responsabilidad.



Adaptado de *Los hijos del siglo XXI* (Rodolfo Falcón)
<https://eligiendocaminos.wordpress.com/tag/posmodernidad/>

Algunas tensiones de la crianza actual

Juan Fernando Gómez Ramírez

Pediatra puericultor

Hay un consenso entre los padres de familia referente a que tener hijos o hijas es lo mejor que ha podido ocurrir en sus vidas y que la crianza de ellos constituye la empresa más importante que puedan emprender. Pero, concomitante con lo anterior, la crianza de los hijos genera con frecuencia tensiones y ansiedades, en primer lugar porque nadie quiere equivocarse en este proceso y, en segundo lugar, porque no existen reglas fijas para llevarlo a efecto, pues como bien lo afirma el pediatra psicoanalista inglés Donald Winnicott, *los padres no hacen a los hijos como el alfarero hace una jarra o el pintor pinta un cuadro*.

Los tiempos actuales se caracterizan por rupturas con estilos de vida anteriores que tienen su expresión en los escenarios institucionales fundamentales de la familia y la escuela, todo ello en el entorno de los avances tecnológicos que han revolucionado, y de qué manera, la forma de vivir contemporánea.

Lo anterior ha llevado a la generación de un nuevo concepto de niñez y adolescencia en los tiempos actuales, concepto que tiene como referente obligado cuatro tensiones prevalentes en las relaciones de crianza en estos nuevos tiempos: la ansiedad, la prisa, la perplejidad y la culpa.

La ansiedad

Se define como un estado de agitación, inquietud o zozobra. Los padres están sometidos a grandes tensiones que les generan estrés, el cual puede afectar las conductas de cuidado y protección que los niños, niñas y adolescentes requieren. Estos, a su vez, son muy permeables a las angustias de sus padres y en muchos casos las padecen de manera intensa. Además, la tendencia contemporánea a tener poca descendencia se acompaña de mayor tensión en lo referente a sus cuidados y a las expectativas con frecuencia desmedidas, al considerar a sus hijos e hijas más como proyectos hacia el futuro que como realidades presentes.

La psicóloga norteamericana Madeleine Levine acuñó el término **hiperpadres** para los protagonistas de lo que se ha denominado **hiperpaternidad**, que aparece como expresión de la ansiedad en la relación con los hijos e hijas.

Son aquellos padres que cargan la mochila de sus hijos o hijas desde y hasta el colegio, que se angustian porque no ingieren todos los alimentos que les ofrecen y que todos los días preguntan en el grupo de WhatsApp® del colegio por las tareas para el día siguiente. Se han denominado también estos progenitores como **padres helicóptero**, pues siempre están supervisándolos con una clara connotación sobreprotectora e intervencionista (controladora).

Esta intención de involucrarse excesivamente en la vida de sus hijos o hijas altera el desarrollo de la

subjetividad de estos, quienes han sido llamados por los investigadores *niños altar o hiponiños*, bastante inseguros en su comportamiento, que no han conocido la frustración y, por lo tanto, no saben gestionarla y a quienes no se les han comunicado límites de comportamiento que les faciliten un discurrir armónico como integrantes del tejido social.

Los educadores en estos nuevos tiempos, como lo señala la periodista española Eva Millet en su libro *Hiperpadres*, están observando que la colaboración de los padres para con la entidad educativa se está convirtiendo en una verdadera intromisión en todos los aspectos de la vida académica con las consecuencias que ello trae en la formación de los alumnos y en su necesario camino hacia la autonomía.

Existe en este contexto una gran presión de los padres para que sus hijos triunfen y sean altamente competitivos, lo que contrasta con la inseguridad y dependencia de estos *hiponiños o hipohijos*, lo que les genera un gran estrés por el temor a fallar o a equivocarse.

Como lo anota el periodista y psicólogo argentino Sergio Sinay, los padres deben brindar un amor que riegue, pero que no ahogue. Si se consigue como padres sujetar los miedos sin excederse en sobreproteger a los hijos o hijas, estos serán capaces de vivir sus vidas desde la honestidad, el amor, el trabajo y la perseverancia.



La prisa

Se define como la prontitud y rapidez con que sucede o se ejecuta algo. Uno de los determinantes de la vida posmoderna lo constituye la prisa, la tiranía del tiempo, que ha invadido todas las esferas del vivir: el ámbito laboral, la forma de comer, la educación de los hijos e hijas, y hasta el ocio.

El afán se refleja y afecta la dinámica de la crianza con implicaciones en el desarrollo del sistema neurológico y psicológico de los niños, niñas y adolescentes, pues su ritmo no coincide con la premura adulta y la presión derivada de este asincronismo los lleva a estresarse notoriamente, lo que afecta su desempeño y calidad de vida. Se debe tener presente que construir una relación armónica de crianza implica presencia y paciencia, con respeto del ritmo de cada sujeto de crianza en un mundo agobiado por la prisa.

Ante la situación descrita surgió en Italia, en los años ochenta del siglo XX, la filosofía *slow*, que engloba muchos ámbitos: el pedagógico y social, el cultural e, inclusive, el gastronómico. Es una actitud ante la vida muy consolidada en países nórdicos y anglosajones y con desarrollo creciente en Hispanoamérica. Una expresión de lo anterior es la propuesta *Crianza lenta (slow parenting)*, que se refiere a una parentalidad simple, sin apuros, un estilo contrario a la tendencia generalizada a la sobreexigencia escolar, a la sobreprotección y al intervencionismo excesivo de los padres en la vida de sus hijos e hijas.

Es una contracultura que enfatiza la importancia del juego, del acceso a la naturaleza y propende a que la tecnología esté al servicio del aprendizaje y la lúdica, en la que se insiste en que hay que respetar los espacios infantiles y proporcionar pautas para una crianza en singular, respetando los ritmos de crecimiento de cada niño, niña o adolescente.



No se trata de inculcar una negación de la vida posmoderna sino de generar un enfoque familiar para vivir mejor el proceso de crianza. Lo anterior implica aprender a gestionar asertivamente el tiempo que dedican los padres a sus hijos e hijas, tanto en cantidad como en calidad, por lo que es necesario recuperar el valor de la lentitud, máxime si se tiene en cuenta que es difícil criar al ritmo actual de las redes sociales digitales.

En esta propuesta es clara la formulación de que ser lento no significa ser pasivo: se trata de hacer cada cosa lo mejor posible, en vez de hacerla lo más rápido posible. Lo que se propone es velar para que los niños, niñas y adolescentes disfruten de su infancia y adolescencia.

La perplejidad

En el contexto de las relaciones familiares la perplejidad se define como una actitud anímica de desconcierto exagerado y, por lo tanto, anómalo, en la relación entre los progenitores y su descendencia.

Es innegable que en los tiempos actuales se asiste a una notoria crisis del rol adulto, con cuestionamientos sobre el referente que debe ser para los niños, niñas y adolescentes. Esta crisis se originó en la segunda mitad del siglo XX, relacionada con el desdibujamiento del adulto de antaño por el desplome del modelo patriarcal y el advenimiento de un nuevo rol para esta etapa de la vida y su relación con las nuevas generaciones.

En concepto de los expertos antes era mucho más fácil ser padre, madre o maestro, porque había tal consenso de apoyo en el imaginario social que la autoridad se otorgaba de antemano. Hoy es necesario ganarla en el acontecer cotidiano.

En el libro titulado *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*, escrito por la psiquiatra e investigadora argentina Silvia Di Segni Obiols, se afirma que el cambio en el rol tradicional del adulto generó también un desequilibrio en las pautas de crianza, con respecto a las cuales estos adultos en crisis han optado por tres tendencias predominantes:

- Transmitir las mismas pautas que las generaciones anteriores, en una relación con los hijos de tipo vertical y con franca tendencia al comportamiento autoritario (adultos tradicionales)
- No transmitir pautas, evadiendo el rol adulto, dentro de lo que se denomina *la cultura adolescente* por parte de los padres, de claro corte *light*, en la que el adulto desea parecerse a sus hijos, sin establecer normas, con una clara tendencia al disfrute y poca intención de educar, orientar y fijar límites (hijos eternos)
- La tendencia a angustiarse y paralizarse en un contexto inseguro, optando por propuestas y decisiones contradictorias que suelen confundir a los hijos (hijos de la duda)

Asumir el rol adulto significa no tener vergüenza de equivocarse, admitir que se cometerán errores y, cuando ello ocurra, aprender de ellos. Significa también asumir la necesaria incertidumbre que el ejercicio de las funciones conlleva. Ante la perplejidad hay que acompañar a los padres a recuperar su experticia e inculcarles la idea de que a pesar de las tensiones inherentes al nuevo rol, ser adulto no significa dejar de disfrutar, de reír, de emocionarse, de apasionarse, de jugar. Significa, como lo afirma Di Segni, *saber cuando no tiene sentido hacerlo*.

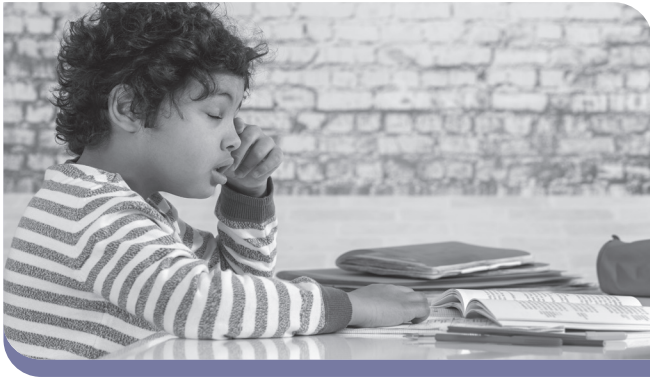
Ante la crisis generada y ante la consecuente perplejidad, se debe ocupar el rol adulto por sí mismos, en cada casa y en cada institución educativa: no esperar a que otros ocupen el lugar que se deja vacante para que adopten a quienes se deja huérfanos. La única salida a la crisis del rol adulto es ocupar el lugar de tal, en consonancia con la sabia afirmación del filósofo Fernando Savater: *Para que una familia funcione educativamente es necesario que alguien en ella se resigne a ser adulto*.

La culpa

Desde el punto de vista psicológico la culpa se define como un sentimiento que experimentan las personas, que se origina como resultado de una acción que provocó un daño, y que trae consigo una sensación de responsabilidad. A diferencia de generaciones anteriores, los padres de hoy son en gran medida *culpógenos* (generadores o productores de culpa), a pesar de ser comprometidos y bien intencionados.

Entre las causas de esta culpabilidad está el tono condenatorio con el que fueron criados por sus padres, quienes no parecían sentirse culpables por sus errores y su autoestima no se nutría del amor del hijo o hija, a diferencia de la generación actual de padres, que como bien lo señala la educadora familiar colombiana Ángela

Marulanda, *nuestra generación fue la última que creció buscando la aprobación de los padres y la primera que vive buscando la aprobación de los hijos.*



Otra fuente de culpabilidad en los padres de hoy tiene que ver con la sobredosis de información alrededor de la función parental (en el catálogo de Amazon® aparecen alrededor de sesenta mil publicaciones referidas a la crianza infantil), que puede sofocar la sabiduría innata y hace que se sientan incompetentes y a la vez culpables por tantas fallas que se descubren en su diario actuar en el proceso de la crianza.

La culpa genera con frecuencia una difusa sensación de indignidad que se traduce en sentimientos de inferioridad parental, que generan temor y socavan la necesaria confianza en la función que debe acompañar su asertiva presencia como guías ante sus hijos e hijas, lo cual puede desembocar en un comportamiento cómplice que desvirtúa su rol de acompañantes inteligentes y amorosos, quedando estos a merced de sí mismos, con grandes limitaciones para asumir más tarde de manera comprometida el comando de sus propias vidas.

Lo anterior lleva a la contundente afirmación del educador estadounidense Harold Kushner: *La culpabilidad no hace florecer lo mejor de nadie, sino que nos drena la alegría de vivir.*

Con toda razón se ha afirmado que lo ideal es educar a los niños, niñas y adolescentes desde el amor y no

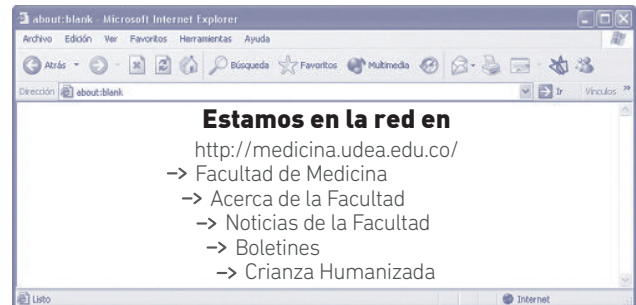
desde la culpa, al reconocerle a los padres la experticia que en estos nuevos tiempos les ha sido negada, pues como bien se afirma, *antes las familias hacían la cultura, hoy es la cultura la que hace a las familias.*

Como padres es fundamental que se renuncie a la aspiración de ser los mejores padres para los mejores hijos o hijas, pues como bien lo afirmó hace varias décadas el psicoanalista austriaco Bruno Bettelheim, *no hay padres perfectos, tampoco hay niños perfectos y no es necesario que los haya.* Con excelente sentido de la realidad el proyecto de crianza de la República del Canadá se denomina *Nadie es perfecto*, haciendo referencia a la posibilidad de equivocarse y al hecho de que la crianza es llevada a cabo por seres humanos para otros seres humanos en proceso de crecer y desarrollarse.

Ante las tensiones en la crianza es fundamental mantener la firme esperanza de que la modificación y el afrontamiento asertivo de ellas faciliten el disfrute de la crianza de los hijos e hijas para así gozar a plenitud su presencia y buscar en su compañía la felicidad que se necesita y a la que se tiene derecho.

Lecturas recomendadas

Millet E. *Hiperpaternidad*. Barcelona: Plataforma; 2015.
Marulanda A. *De la culpa a la calma*. Madrid: Aguilar; 2011.
Honoré C. *Elogio de la lentitud*. Madrid: RBA Bolsillo; 2017.



Un hijo es una pregunta que le hacemos al destino

José María Pemán

la felicidad
está en ti

Comfëñalco
Antioquia